

**RETANA IZA, Nicolás** (2015): *La España que nos tocó vivir. Una memoria de ochenta años*. Sevilla, Ediciones Ende, 284 páginas.

Históricamente se suele considerar a Hearst, por razones puramente empresariales, el creador del periodismo especializado. A mediados del siglo XIX el célebre editor del *New York Journal* empezó a dividir por temas los distintos medios de su grupo de comunicación. Todo el material informativo –de deportes, de economía, de cultura o de cualquier otra faceta de la actualidad– que no tenía cabida en los medios de información general se derivaba hacia esos medios especializados. Con ello, y sin necesidad de invertir más en nuevas fuentes de información, se obtenía la materia prima básica para elaborar los nuevos medios. (Hearst no solo fue pionero en esto, también lo fue en otras prácticas que siglo y medio después siguen pareciendo novedosas, como reclutar campeones deportivos para comentar sus noticias.)

Ahora bien, más allá de los motivos empresariales, cuando toma fuerza este tipo de periodismo es cuando surge la necesidad de profundizar en campos de la actividad humana específicos que requieren, tanto por parte de los profesionales de la información como por parte de la audiencia, unos conocimientos propios, y una formas también propias de expresar y de entender esos conocimientos. (Para los primeros también unas fuentes propias). Así, van surgiendo a lo largo del siglo pasado tanto medios especializados como especialistas en distintas materias. Entre los medios se encuentran los que se dirigen solo a profesionales del sector (prensa profesional, técnica, científica, etc...) y los que tienen como público objetivo a la sociedad en general.

En el tiempo transcurrido desde Hearst el proceso de especialización parece que no decae, más bien al contrario. Hoy hay especialistas prácticamente en todo y continuamente surgen más en parcelas nuevas. La labor del periodismo especializado, en ese maresmágnum de campos del saber en el que es imposible dominar siquiera unos cuantos, es la de servir de puente múltiple entre cada especialización y la sociedad y entre las distintas especializaciones entre sí.

En España, al autor del libro que nos ocupa, Nicolás Retana Iza, cabe considerarlo un pionero del periodismo especializado; en concreto, del médico. Desde los años cincuenta sus artículos de divulgación científica –“que no vulgarización”, subraya– han venido publicándose en los más diversos medios, tanto de información general, como especializados. Entre los primeros podemos citar *El Ideal Gallego*, *Ya*, *Abc*, *Informaciones*, *Época*, *España semanal*, *La Gaceta*... Entre los segundos, *Atrium*, *Arbor*, *Gaceta de la Ciencia*, *Índice*, *Profesión Médica*... Periodista y médico, de formación y de profesión, su labor en torno a la información no acaba ahí. Fue también profesor de la Escuela de Periodismo, asesor de comunicación del Colegio de Médicos y fundador de la Asociación Española de Periodismo Científico.

Por el libro discurre su dilatada carrera de más de sesenta años que le ha permitido tratar a un buen número de personalidades del mundo de la medicina, las letras, e incluso de la política, pues estas memorias no son solo profesionales, sino también personales e históricas, con una visión en ocasiones muy detallada que arranca en la II República. Gregorio Marañón, Severo Ochoa, Ramón y Cajal, Sixto Obrador, Jiménez Díaz... son algunos de los doctores que Retana retrata, a veces desde un punto de

vista insólito. Cuando Obrador y Carlos González Bueno, por ejemplo, acababan de operar en la Clínica de la Concepción, solían coincidir en el antequirófano para lavarse. Según cuenta el segundo, a un Obrador completamente sudado después de una laboriosa intervención, le gustaba quedarse completamente desnudo y ablucionarse las partes pudendas. “Hasta aquí nada que objetar –opinaba González Bueno, según cuenta Retana (página 99)–. Lo que ya le molestaba es que el neurocirujano tomase no su toalla sino la de Don Carlos y, con cierta aparatosidad, se secase los bajos”. Cuando Retana le preguntó a González Bueno que por qué no protestaba por semejantes costumbres higiénicas, él simplemente contestó: “Figúrese usted, cualquiera le decía algo a Sixto”.

Retana, sin embargo, sí tuvo ocasión de decirle algo. En cierta ocasión discrepó con él en una sesión clínica. Cuando finalizó, don Sixto le llevó a un aparte y le dijo que “llevarle la contraria –algo casi impensable– era un buen signo de madurez profesional” (108). Quizá por eso, Retana no tiene más que elogios para el cirujano de tan peculiares hábitos post operatorios: “Era un hombre-símbolo; portador de carismas trascendentes; curioso de lo más universal y de lo más concreto, con una corteza dura y una médula humanísima, tan protegida que solo algunos logramos apreciar” (*Ibid.*). Tampoco tiene más que elogios para Jiménez Díaz, a quien define como “un creador de síndromes, un perfilador de matices inéditos; en suma un hacedor de doctrina” (120). Y añade a continuación: “Aquel hombre de gesto simpático, de voz concreta y grave, de perenne corbata de lazo, aficionado a la pintura, al teatro, a los toros y al tabaco negro era un médico integral que creía en el hombre en toda su amplitud somática y psíquica”. Quizá en esta definición radique la concepción médica de Retana: una ciencia que en modo alguno puede obviar a la persona.

Especialmente jugosas son también las historias relativas al mundo de las letras. Nombres que entran y salen por el libro son los de Laín Entralgo, José Luis Samperdo, Pedro Gómez Aparicio... De su estancia en *Informaciones* recuerda momentos únicos, como la cobertura del primer trasplante de corazón en España en 1968, a cargo del marqués de Villaverde, el *yernísimo*, que “muchos, entonces, calificaron de chapuza” (104). Recuerda también textos trascendentes de ese diario como un editorial escrito por él titulado “La sanidad española, enferma” que abordaba temas en muchos casos aún no resueltos, cincuenta años después. Recuerda el nacimiento del suplemento de ciencia y técnica del periódico.

Y recuerda hechos menos trascendentes periodísticamente pero que no dejan de tener su gracia y su valor como retrato de las aficiones de una época y de una profesión. O de dos, porque en la siguiente historia se van a mezclar periodistas y políticos. La redacción de *Informaciones* daba a una casa “de alto y discreto lenocinio, que frecuentaban un compañero reportero gráfico y un preboste del régimen para el refocile con la misma hetaira” (131). Cuando el fotógrafo se desplazaba al “habitáculo con cortinones rojos –añade Retana– rogaba a alguno de sus compañeros que vigilase la calle y le avisase si aparecía el coche, de llamativo color del personaje en cuestión que, al menos y es un detalle, no utilizaba el coche oficial ni el escolta de turno”. Producido el aviso –explica– el colega, ya vestido, bajaba las escaleras y, “cuando se cruzaba con el otro, este siempre le saludaba con un buenas tardes A., a lo que

invariablemente le respondía, que también lo sean para usted don J. ¿Era conocedor don J, de que compartía con A. aquellas deferencias eróticas?” Retana añade que A. aseguraba que don J. sí lo era y que por ello le admiraba: le demostraba una tolerancia que extendía a su quehacer oficial. “¿Era este —concluye— el sexo del franquismo?”

Otros políticos, naturalmente, sí aparecen con su nombre. Es el caso de Fraga, de Rosón, de Garrigues Walker... Y de tantos y tantos... No son, con todo, estas páginas unas memorias frívolas. Pese a la inclusión de alguna anécdota picante, el libro está presidido por la profundidad humana, una profundidad que ha conformado la vida de su autor y que se manifiesta incluso en los momentos más recientes cuando, ya pasados los ochenta, siente que esa vida se acaba: “He publicado distintos artículos sobre una antropología de la muerte y a ellos me atengo. Morir es el punto final a la fisiología de los seres vivos, la culminación de un proyecto para la corporeidad y la apertura de una incógnita para nuestro psiquismo” (152).

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA  
Universidad Complutense de Madrid